GLORIAS DONOSTIARRAS

El Dr. D. Claudio Delgado Amestoy.

NUESTRA Ciudad querida se honra con los hijos ilustres que en todos tiempos han engrandecido su nombre en todas las ramas de la ciencia, del arte, de la nobleza, del heroísmo; constituyendo sus hechos gloriosos la inmarcesible estela que circunda fulgurante nuestro heráldico escudo.

Entre esos hijos ilustres merece un lugar preeminente el insigne doctor Delgado Amestoy, faro rutilante de la Ciencia, bienhechor constante de la Humanidad.

Porque, como decía muy bien un diario local: «el doctor Delgado era de los nuestros, un donostiarra a quien los donostiarras no conocían».

Sí, era donostiarra, no sólo por su nacimiento, sino también por el intenso amor que profesó toda su vida a esta Ciudad predilecta, amor profundo, vehemente, que no lograron entibiar ni los triunfos brillantes obtenidos en su carrera, ni los honores, prestigios, influencias sociales, ni la posición envidiable, consecuencia obligada de una vida laboriosa e inteligente.

D. Ramón Claudio Delgado Amestoy nació en San Sebastián a las nueve de la noche del día 8 de Noviembre de 1843, siendo bautizado en la iglesia parroquial de Santa María.

Aunque no hemos podido comprobarlo en forma documentada,

cremos poder afirmar que nació en el 4.º piso de la casa, calle Mayor número 9.

Lo que sí nos consta es que le sirvió de madrina aquella bondadosa dama Claudia, hija de D. José Vicente Echegaray, el obligado autor de villancicos y letrillas para las comparsas, el *ṫunṫunero* que comentó en su basca-tibia, las alegrías y tristezas de la vieja Donostia de las murallas.

Se ve, pues, que el doctor Delgado no sólo nació en San Sebastián, sino que procedía de familia genuina y castizamente donostiarra, de familia y amistades en que se rendía ese fervoroso culto a nuestra Ciudad idolatrada, que se ve palpitar más tarde en toda la vida del ilustre y sabio médico.

Tenía un hermano, D. Nazario, respetable sacerdote que fué beneficiado de Santa María, y murió en el extranjero (creemos que en Rusia), adonde fué encargado de la educación de los hijos de una familia opulenta y de rancia aristocracia.

Siendo de tierna edad quedaron huérfanos, y ambos hermanos fueron recogidos por la antes mencionada dama Claudia, residiendo en la habitación que ésta ocupaba en el primer piso de la calle del 31 de Agosto, núm. 31.

D. Claudio concurrió de niño a la escuela llamada del Chofre, que regentaba el Sr. Barrenechea, quien era mas conocido por el familiar mote de *maisu chikiya.*

Era aún joven D. Claudio Delgado cuando decidió trasladarse a la Habana, embarcándose en uno de aquellos veleros, de aquellos bergantines, corbetas y goletas, con los que tan familiarizados estaban los donostiarras de aquel tiempo.

Al dirigirse a la Gran Antilla, entraba en sus planes el dedicarse al comercio; pero hombre de extraordinaria voluntad y de inclinación resuelta a todo trabajo de investigación y estudio, desistió de sus primeros propósitos para dedicarse de lleno a adquirir los conocimientos y la carrera en que debía alcanzar más tarde justa y merecida celebridad.

Gracias a su esfuerzo personal consiguió terminar brillantemente la suspirada carrera «con notas de *sobresaliente en todo*», dice la prestigiosa escritora Eva Canel.

El 20 de Junio de 1868, cuando contaba 25 años, se hizo Bachiller en Artes en el Instituto provincial de la Habana, y durante los seis

años siguientes cursó Medicina en la Universidad de la citada capital, recibiendo el título de Licenciado el 20 de Noviembre de 1874.

«Desde el año 1874, dice Eva Canel, es Licenciado en Medicina y Cirugía con dispensa del pago de derechos: tal había sido su carrera y tantos los premios ganados en oposiciones. El archivo de la Universidad registra la hoja de servicios más hermosa que pueda presentarse.»

«Fué un estudiante excepcional, añade otro de sus biógrafos, y entre otros premios obtuvo los de Historia Natural, Anatomía, Patología General e Higiene Privada.»

Hay, pues, perfecta unanimidad en reconocer la aplicación y aprovechamiento con que llevó a cabo sus estudios, y las altas dotes de inteligencia y talento que reveló en todos los cursos.

Durante los años 1875 y 1876 fué médico-director del Hospital de Higiene, llamado entonces Casa Quinta de San Antonio.

Se le pidió una Memoria del estado en que se hallaba el ramo de higiene y un proyecto de reformas que fueron aprobadas y encierran medidas tan prudentes y sabias que sorprendieron entonces, al ponerlas en práctica con grandes elogios y no menos eficacia. Al aceptar la Junta Superior de Sanidad Pública el trabajo del doctor Delgado, lo hizo con frases de altísima consideración y gratitud, reconociendo la eficacia indudable de los procedimientos recomendados por el insigne médico donostiarra.

«Por su índole, dice Eva Canel, no puedo copiar párrafos de aquel informe: bastarían, si viesen la luz, para que esta generación entendiese que, muerto el doctor Finlay, nadie con más derecho que el doctor Delgado a que todos los hombres se quitasen el sombrero al cruzar con él en la calle.»

Decía la Junta de Higiene: «Si para poner en marcha la nueva organización recomendada hay que fijar la vista en alguien capaz de ejecutarla, nadie llenaría con más oportunidad las justas aspiraciones del Gobierno, que la persona que la concibió y supo exponerla con tanta claridad y tan ventajosamente».

En 1878 fué electo secretario fundador de la Sociedad de Socorros Mutuos; en 1879 archivero y bibliotecario de la Sociedad Antropológica, y desde 1879 a 1881 desempeñó el cargo de secretario fundador de la Sociedad de Estudios Clínicos. En todas estas instituciones tomó parte muy activa y era reconocido como miembro de valer y aptitudes nada comunes,

El mencionado año de 1879 cursó el doctorado, dando con tanto término a los estudios oficiales de su carrera, y entregóse con ferviente abnegación al ejercicio de su carrera bienhechora.

En 1881 era miembro efectivo de la Comisión de Fiebre amarilla.

Y aquí seguimos copiando a la tantas veces citada literata Eva Canel:

«Desde el año 1883 ya la Real Academia de Ciencias Médicas de la Habana le había nombrado Socio numerario, y después fué nombrado secretario de la Sección de Ciencias de la misma a propuesta del también Socio numerario doctor Carlos Finlay.

»Después fué bibliotecario de la misma Real Academia y se le designó también para contestar al socio D. Carlos Theye en su discurso de recepción, que versaba sobre el «chapapote».

»La Real Academia registra en sus Anales infinitos trabajos del doctor Delgado y todos con grandes elogios: un estudio sobre el conteo de la sangre; un informe sobre la explosión de una caldera; el discurso de recepción sobre las investigaciones del doctor Ferrán concernientes al cólera; un caso de perineorragia por el método Emmet; informe acerca de las condiciones potables del agua destinada al nuevo Lazareto de Mariel; informe acerca de un producto fluímico usado en la fabricación del azúcar y de su acción en la economía humana; informe relativo a unas instrucciones para el establecimiento de las industrias ostreras en el litoral de Cuba; Memoria y observaciones sobre la comasis biliar; fragmentos de un aerolito visto en la Habana y consideraciones sobre el asunto; moción acerca del secreto médico en relación con las Compañías de Seguros de vida; moción acerca de la instalación de un Laboratorio Bacteriológico.

»En la Real Academia consta que en todos los trabajos del doctor Delgado y en cuantas discusiones ha tomado parte, la Real Academia ha quedado satisfecha de la inteligencia, saber y eficacia del doctor Claudio Delgado. Se registró un caso de vómito en un niño criollo y la Real Academia nombró a los doctores Finlay y Delgado para que lo estudiasen: este niño lo visitaba el doctor Laguardia y dió cuenta del caso a la Academia. Como esto ocurría en Octubre de 1888, se prueba que ya entonees se conceptuaban autoridades gemelas sobre fiebre amarilla a los que no deben ser separados ni en vida ni en muerte. Había sido ya el doctor Delgado secretario de la Sociedad de Estudios Clínicos, en donde, según documento a la vista, ha prestado servicios extraordinarios. Verdaderamente es admirable la labor de este hombre: todos los cargos que se le conferían representaban trabajo ímprobo y variadísimo.»

J. BENGOECHEA

(Continuará)

GLORIAS DONOSTIARRAS

El Dr. D. Claudio Delgado Amestoy.

(Continuación.)

Ya hemos visto la rápida transformación que merced a su propio y personal esfuerzo consiguió el joven donostiarra, que, trasladado a la Habana con propósitos de dedicarse al comercio, pocos años después destacábase como autoridad científica entre el cuerpo médico de la Gran Antilla.

Así, en 1889 fué nombrado de la Comisión de saneamiento de la Habana y para redactar en unión con D. Casimiro Roure y D. Ricardo Seco, una Memoria sobre las condiciones higiénicas de aquella capital.

También formó parte de infinitos tribunales de oposición, presidiendo muchos de ellos.

Donde más dulce huella ha dejado, ha sido en la Casa de Maternidad. Nombrado diputado trienal en 1885, fué reelegido sucesivamente durante quince años, nombrándosele al fin vocal perpetuo. Las Hermanas de la Caridad, de aquella piadosa institución, manifestaron su reconocimiento por la cooperación prestada, y el Sr. Coppinger decía: «Aun más que las buenas Hermanas puedo yo aquilatar el servicio que usted ha prestado a la Casa y la íntima satisfacción que debe sentir su conciencia por la satisfacción del bien que ha hecho: pero ya que no es dado manifestarlo de otro modo, permítame en nombre de estos asilados rogarle que les siga consagrando un tanto de la ilustración y civismo que a usted distinguen».

Así se apreciaba y se tenían en tan alta estima los trabajos incesan-

tes, la laboriosidad a toda prueba, la competencia y conocimientos del ilustre donostiarra.

Imposible sería reseñar los títulos de cuantos trabajos de carácter científico se conservan en los archivos de la Habana. Muchos de estos trabajos lo son en colaboración con el eminente Dr. Finlay.

El Dr. Carrera Justiz dice en su obra «Orientaciones necesarias»: «Los fundadores en Cuba de la Bacteriología fueron desde el año 1885 los Dres. Carlos Finlay, camagüeyano, y Claudio Delgado, de San Sebastián». Dos nombres cuya celebridad pregonan las voces más autorizadas de Cuba, y cuya bienhechora actuación bendicen tantos desvalidos.

La primera sala de antisepsia y asepsia, establecida en Cuba en el Hospital de Higiene, se debe al Dr. Delgado, quien demostró como en tantas otras ocasiones, su espíritu progresivo, su noble afán de plantear cuanto de avance, modificación o perfeccionamiento se registrara en la ciencia de curar.

Buena prueba de lo que acabamos de afirmar nos la da el hecho de que fuera el Dr. Delgado el primero que practicó en Cuba la transfusión de la sangre.

Nada más expresivo para comprobar semejante caso que la interesante carta que el propio Dr. Delgado dirigió al periódico *La Lucha* y se publicó con el título de «La transfusión de la sangre».

Decía así:

«17 Abril 1911.

»Bajo el mismo epígrafe con que van encabezadas las presentes líneas, tuve el gusto de leer en *La Lucha,* edición correspondiente al día 16 del corriente mes, un escrito en el que se relata el caso de «transfusión de sangre», recientemente efectuado en la clínica del «Sanatorio Cuba» por nuestro distinguido cirujano Dr. Raimundo Menocal, con la pericia y habilidad que este profesor tiene bien acreditadas en todo género de operaciones quirúrgicas que emprende. Mas como en el citado escrito, que parece ser de redacción, se afirma equivocadamente ser esa la primera vez que en Cuba se practica tal operación, créome en el deber de rectificar tan erróneo concepto, más bien que por reivindicar para mi humilde persona la prioridad del empleo de ese recurso terapéutico en la Habana, para restablecer, y eso es más importante, la verdad histórica en cuanto al desarrollo de la ciencia médica en Cuba.

»Con tal propósito cabe exponer que se remonta al año de 1878 (no puedo precisar más la fecha) la época en que hube de practicar yo

en el hospital de San Juan de Dios por primera vez en Cuba la operación de transfundir la sangre a un individuo, empleando para ello la sangre de carnero. Tratábase de un sujeto atacado de rabia, enfermedad reputada entonces como indefectiblemente mortal, por cuya circunstancia los médicos que presenciaron el acto y me prestaron su concurso, entre ellos el inolvidable Dr. Serafín Gallardo, creyeron que estaba sobradamente justificada la experimentación de ese medio curativo que, desde lejana fecha, venía empleándose en otras partes con variada fortuna.

»A partir de allí tuve oportunidad después de realizar en diferentes ocasiones la misma operación, pero siempre con sangre humana, sirviéndome al efecto, casi siempre, del aparato transfusor de Collín, y alguna vez también de una sencilla jeringa de cristal que expresamente hice construir en Nueva York, con ciertos accesorios *ad hoc.*

»Apelando a la memoria, único archivo de que dispongo en este momento, por habérseme extraviado ya las notas clínicas detalladas de cada caso, voy a citar ligeramente los casos de transfusión sanguínea que llevé a cabo con posterioridad a la época arriba señalada y que fueron los siguientes:

»1.º Caso operado en el hospital de San Juan de Dios, sala del Dr. Ignacio Plasencia, quien me invitó a practicar esa intervención, si mal no recuerdo, en un atacado de grave hemofilia.

»2.º Otro caso en el hospital de San Juan de Dios, clínica del Dr. Raimundo Menocal, por cuya bondadosa indicación hice la transfusión a un individuo de la raza de color, mestizo, que por consecuencia de habérsele saltado la ligadura de uno de los principales vasos arteriales del muslo, perdió mucha sangre antes de que fuese socorrido por el médico de guardia.

»Este caso dió lugar a tales peripecias en el curso de la operación, que han quedadado grabadas en mi mente con caracteres imborrables, y por lo mismo, creo interesante extenderme en consignarlas aquí, ya que hasta el presente quedaron inéditas.

»Lo doloroso que es siempre imponer al prójimo un sacrificio no exento de peligros, hízome, en el caso de que se trata, pensar en el empleo de un suero artificial para inyectarlo en las venas del paciente. Pero he aquí que, en el preciso momento en que se calentaba el suero para comunicarle la temperatura adecuada, tenemos la desgracia de que se quiebre el termómetro sumergido en el líquido, derramándose en ésta todo el mercurio contenido en la cubeta del instrumento e inutilizando así el suero que me disponía a inyectar.

»Ante este percance inesperado hube de preguntar si entre los circunstantes, estudiantes de clínica que venían a presenciar la operación, había alguien que se prestase a dar su sangre para salvar a aquel infeliz paciente; y no bien apuntada mi demanda, tres generosos alumnos de medicina cuyos nombres quisiera recordar para rendirles en esta

ocasión el tributo que merecen por su altruísmo, se apresuraron a ser víctimas propiciatorias, ofrendando su sangre en favor de un sér mísero y desdichado.

»El deseo de no abusar de los generosos sentimientos de aquellos abnegados jóvenes, decidióme a tomar de cada uno de ellos sólo una porción de cantidad total, que juzgaba necesaria para el éxito de mis empeños; pero sucedió que, en los momentos finales de la operación, la vena incidida del tercer alumno, no daba sangre (sin duda por la falta de paralelismo en el corte de los tejidos), por lo cual, el más interesado moralmente en el éxito operatorio, que era sin duda el operador mismo, extendió su brazo izquierdo e invitó al Dr. Menocal, que presenciaba la operación, para que le abriese una de las venas de la flexura del brazo, a fin de dar breve término a la transfusión interrumpida, como así lo hizo.

»3.º Otra transfusión fué ejecutada en un enfermo particular, dependiente del almacén de Durañona, en la calle de los Oficios, quien, atacado de fiebre amarilla, quedó materialmente exangüe por consecuencia de abundante hemorragia nasal. En esta ocasión fué ayudado por el Dr. Carlos J. Finlay, con quien colaboraba yo a la sazón en los estudios especiales de fiebre amarilla.

»4.º Un nuevo caso en otro atacado de fiebre amarilla, el secretario particular del Gobernador civil, Sr. Rodríguez Batista, dió motivo a otra intervención análoga.

»5.º Otro caso en un paciente también de fiebre amarilla, asistido por el Dr. Argumosa (hijo), quien solicitó mi consulta cuando ya anémico el enfermo presentaba indicios de uremia, decidimos someterle a la transfusión, ya que se consideraba perdido el caso. Y aquí debo consignar la circunstancia singular de que efectuada una vez la operación con sangre que dió un amigo del enfermo, y animados a secundarla por los efectos favorables que creimos ver, no hubo término de conseguir que otro alguno prestase su sangre, incluso un hermano del paciente, hombre joven y bien constituído que quizás hubiese contribuído a salvarle.

»6.º Corresponde señalar aquí, como caso notable, el de la señora María Albertini de Casuso, primera esposa de nuestro distinguido compañero el Dr. Gabriel Casuso, cuyo testimonio ha de ser de los más valiosos.

»Causa de la intervención, un estado gravísimo de depauperación orgánica que se resistía a todos los tratamientos y cuidados que se la prodigaban, consecutivos al puerperio.

»En este caso tuve la dicha de ser el operador, transfundiendo a la vez mi sangre plebeya en las venas de aquella noble dama que, restablecida, creemos que a virtud de la operación, tenía a gala el decir que portaba en su cuerpo sangre vascongada.

»Todavía acude a mi mente el recuerdo de otra respetable señora,

la esposa del Dr. Alberto S. de Bustamente, por cuya deferente solicitud acudí a prestar mis pobres auxilios, ya *in extremis*, a aquella señora que, por causa análoga a la del caso precedente, si la memoria no me es infiel, hube de practicar sin éxito la transfusión.

»Estos son los datos que recuerdo de transfusiones de sangre realizadas por mí y tengo idea o vaga reminiscencia de que, imitando esta práctica una o dos veces, se hicieron también transfusiones por inéditos militares en el hospital de San Ambrosio.

»Bien que algunos casos que llevo expuestos tuvieron cierta notoriedad entre el cuerpo médico, no es de extrañar que sean desconocidos para muchos de los de la presente generación, por cuanto nunca salieron de la oscuridad a que voluntariamente fueron relegados por mí, estimándolos como hechos de escaso relieve para ser merecedores de la publicidad. Y, repito, que he salido ahora a la palestra, estimulado por la única finalidad de restablecer entre nosotros la verdad histórica de nuestro desenvolvimiento científico desde la época colonial.

Claudio Delgado.»

Carta en que por modo tan gallardo resplandece la sincera y serena elocuencia de los hechos, no hemos de sombrearla con nuestro humilde comentario.

J. BENGOECHEA

(Continuará.)

GLORIAS DONOSTIARRAS

El Dr. D. Claudio Delgado Amestoy

(Continuación.)

Entre los grandes merecimientos que destacan en la actuación médica del sabio doctor donostiarra, señalábamos el hecho de haber sido él quien practicó por primera vez en Cuba la transfusión de la sangre.

No constituye, sin embargo, tal suceso, la nota culminante de su meritísima carrera. Hay otro hecho por el que destaca su personalidad con trazos gloriosos, por el que la Historia habrá de incluirle entre los grandes bienhechores de la Humanidad.

Nos referimos a su cooperación eficaz y constante en los trabajos realizados por el insigne Dr. Finlay para la extirpación de la «fiebre amarilla».

La sola enunciación de esa enfermedad, conocida también con el nombre de «vómito negro», renueva en nosotros las dolorosas impresiones de desolación que causara en pasadas épocas por la muerte de tantos hermanos nuestros víctimas de tan terrible dolencia.

El bello y atractivo país de Cuba se nos presentaba tras el velo fúnebre de ese azote insaciable, y el nombre de la Gran Antilla pesaba sobre nosotros como trágica amenaza.

El célebre Dr. Finlay, tras de largas y minuciosas investigaciones, logró averiguar que el agente transmisor de tan terrible plaga radicaba en el mosquito. Concibió un plan científico de higienización y lo sometió a las autoridades científicas de la isla.

Pero nadie creía en el fundamento y eficacia de este descubrimiento.

Como decía el Dr. Santos Fernández en la sesión extraordinaria que celebró la Academia de Ciencias el día 10 de Septiembre de 1915:

«Ilustre Finlay : en el seno de la corporación sólo tenias entonces *como único asociado, un verdadero carácter, el Dr. D. Claudio Delgado,* que al pie de tu féretro, llora con ternura la desaparición del compañero a quien, *cual ocurre rara vez, ni le ha disputado nunca* un átomo de gloria, sino que muy al contrario se la ha discernido por entero sin merma alguna.»

Decía, asimismo, el Dr. Jústiz:

«Sus notables afirmaciones no encontraron calor más que en otro sabio médico, el Dr. Claudio Delgado. *Ambos en íntima* asociación persistieron años y años, en investigaciones y experimentos.»

Sólo el Dr. Delgado fué el que entendió, creyó y cooperó sabia y diligentemente a la obra admirable del Dr. Finlay. De los demás sólo obtuvieron desvíos y hasta dicterios poco correctos.

Era ya popular el mote de *mosquiteros* con que se designaba a los dos eminentes médicos; y dice la prestigiosa escritora Eva Canel: «En la Habana yo he oído a médicos distinguidísimos llamar *chiflados* a los mosquiteros, por los años de 1891 a 1898».

El Dr. Carrera Jústiz copia del Dr. Lee, de Filadelfia, el siguiente párrafo que confirma las manifestaciones anteriores:

«Como en los viejos días nosotros matariamos a nuestros profetas y apedrearíamos a los que nos traen mensajes de la verdad divina. El Dr. Finlay y su *firme amigo* y colaborador, el Dr. Delgado, *único que lo acompañó en esa crisis,* eran estigmatizados como *monomaníacos* por los médicos y hombres de ciencia de la Habana.»

Y añade el Dr. Carrera Jústiz:

«Así fué, en efecto, y esa misma o parecida era sobre este asunto la actitud del Dr. Sternberg, famoso bacteriólogo, jefe de la Sanidad marítima de los Estados Unidos, quien había permanecido en la Habana varios años estudiando la fiebre amarilla, pero considerando fantástica la teoría del Dr. Finlay y sólo aceptó su certeza cuando los doctores Reed y Lazear, ambos del cuerpo americano de Sanidad, probaron heroicamente que tenía razón el ilustre investigador camagüeyano. Ya entonces el Dr. Sternberg dispuso como jefe de Sanidad que se entrase de lleno en la comprobación y aplicación de la teoría del doctor

Finlay, para el saneamiento de la Habana, a la sazón ocupada militarmente por el Gobierno de los Estados Unidos.

»Tal vez no dejó de contribuir a esas órdenes del Dr. Sternberg, la probabilidad de que viniese de Liverpool a la Habana una Comisión de médicos ingleses que habían anunciado su propósito de comprobar aquellas teorías del Dr. Finlay y se habría entonces anticipado Inglaterra en esa cooperación de inmenso bien para la Humanidad.»

Toda esta campaña de desvíos, sinsabores e inconveniencias, la compartió el Dr. Delgado con el sabio Dr. Finlay, como compartió la paciente y escrupulosa labor científica, y como le corresponde compartir los laureles del éxito rotundo y brillante que coronó su bienhechora obra.

Así, dice Eva Canel:

«¿Se puede olvidar al Dr. Delgado, hablando del Dr. Finlay? ¿Se pueden interponer otros colaboradores, por distinguidos que sean, entre esos *hermanos siameses* del saber, de la abnegación y del amor a la ciencia?»

Este símil de los «hermanos siameses» hemos visto repetido en otros trabajos dedicados a los dos célebres doctores, y prueba de modo concluyente la estrecha unión que medió entre ambos en la noble empresa de extirpar hasta los gérmenes de la horrible enfermedad.

Ratifica este concepto de íntima compenetración y unión perfecta, el uso de la frase «*nuestro* mosquito» cada vez que el Dr. Finlay se dirige al Dr. Delgado, demostrándonos así, de modo rotundo, lo inseparable de la gestión de ambos.

Dicha frase la vemos estampada en la carta que el Dr. Finlay dirigió con fecha 2 Enero de 1901 al Dr. Delgado. Dice así:

«.....Ya habrá tenido noticias del triunfo de *nuestro* mosquito, celebrado con un suntuoso banquete el 22 de Diciembre y al cual concurrieron más de sesenta médicos a más del general Vood.»

En dicho banquete pronunció el Dr. Finlay un discurso de gracias, del que da cuenta a su amigo y colaborador en los siguientes términos:

«En son de alegoría dije: «Ahora veinte años, guiado por indicios que estimaba seguros, salí a explorar un campo yermo y desconocido: encontré una piedra de aspecto tosco y grosero, la recogí y con

el auxilio de mi eficaz y constante colaborador, Dr. Claudio Delgado, la raspamos y la examinamos cuidadosamente, resultando para nosotros el convencimiento de que aquello era un diamante bruto. Mas nadie quiso creernos hasta que al cabo de años vino una Comisión de hombres inteligentes, adiestrados en tales faenas, mejor dotados y pertrechados que yo y en corto tiempo extrajeron del tosco cascaron la piedra cuyo brillo hoy a nadie puede ocultarse.»

Tratando en otra carta de excusar su tardanza en escribir, dice: «ni el afecto soporífero de los laureles, ni el zumbido familiar de *nuestros* antiguos colaboradores alados, etc».

«La fidelidad, dice uno de sus biógrafos, fué siempre la característica de Delgado. Amigo consecuente de Finlay, fué su colaborador casi anónimo y compartía con el gran investigador las burlas y derrotas de los impugnadores de la teoría de la transmisión de la fiebre amarilla. Años después, cuando Finlay aun siendo jefe de Sanidad de Cuba, tenía que ir venciendo la incredulidad de muchos, hizo venir a Delgado desde España, adonde había ido temporalmente. Y auxiliado por su fiel amigo volvieron a la lucha, combatiendo con éxito un pequeño brote de fiebre amarilla.»

La labor de los doctores Finlay y Delgado ha producido los apetecidos frutos. Merced a su portentoso descubrimiento se han podido realizar los trabajos del Canal de Panamá y limpiando a Cuba de la terrible fiebre amarilla, la ha colocado entre los países más saludables de la tierra.

La trágica sombra del «vómito negro» ha pasado a la sección de antigüedades, relegadas a la Historia.

Tamaño beneficio debe la Humanidad al insigne Dr. Finlay y a su exclarecido colaborador, el ilustre médico donostiarra Dr. Delgado.

J. BENGOECHEA

(Continuará.)

GLORIAS DONOSTIARRAS

El Dr. D. Claudio Delgado Amestoy.

(Continuación.)

En los «Comentarios» que el importante periódico de la Habana *Diario del Comercio* dedicó el 22 de Julio a la memoria del Dr. Delgado, recogía, entre otras impresiones, las siguientes:

«España quizá no conozca al Dr. Delgado. Esos caracteres que se forman en la emigración, que revelan, ante las contrariedades y amarguras y escaceses con que tienen que luchar, el tesón de la raza vasca, como el Dr. Delgado, y el de la cántabra, como el Dr. Sánchez de Bustamante—padre del actual cenador y catedrático—, son la más gallarda prueba de lo que puede la voluntad auxiliada por la inteligencia y de que la emigración no sólo produce hombres que en el comercio y la industria adquieres fortunas, sino pensadores y hombres de ciencia, literatos y periodistas orgullo de su patria y de la tierra donde ejercieron con dignidad su profesión.

»Por esto España debiera fijarse un poco más en los trabajos que los hijos suyos realizan en América, trabajos patrióticos unos, altruístas otros, científicos los menos, pero memorables, como los del doctor Avelino Gutiérrez, en Buenos Aires, y los del Dr. Delgado, en Cuba, trabajos que apenas si conocen los comprofesores suyos que viven fuera de estas tierras americanas, como si en América no hubiera ciencia y cultura y adelanto en todos los órdenes del progreso y de la civilización.»

No puede menos de reconocerse cierto fondo de verdad en las manifestaciones del popular diario de la Habana. Desconocemos la histo-

ria brillantísima de muchos de nuestros hermanos, que allende los mares lograron adquirir glorioso renombre por su talento, por su saber, por su inteligencia, actividad, iniciativa, etc., etc. ¿Cómo negar esta verdad si la mitad de los donostiarras ignoraban la existencia de ese ilustre *errikoṡeme,* del insigne Dr. Delgado, que ha honrado el nombre de su ciudad natal con su intensa y extensa labor científica?

Pero no alcanza los mismos grados de certeza la afirmación de que en España no se conoce la existencia de la ciencia y cultura americanas. Porque los mismos sabios americanos son los que se encargan de propagar ese conocimiento entre nosotros. Y uno de esos sabios fué nuestro preclaro paisano el ilustre Dr. Delgado.

Este insigne sabio presentó en el Congreso Médico Internacional celebrado en Madrid el año 1903, un trabajo relativo a los descubrimientos que en la Habana se habían hecho acerca de la fiebre amarilla, descubrimientos que, como ya se sabe, eran debidos a la iniciativa del sabio Dr. Finlay y a la colaboración inteligente del doctor donostiarra.

El mencionado trabajo lo redactó a petición del Dr. Santos Fernández, que representaba a Cuba en el citado Congreso.

Al conocerse el trabajo del Dr. Delgado, varias personalidades presididas por el Dr. Verdes Montenegro, solicitaron del Dr. Delgado diera una conferencia, a lo que siempre deferente accedió el sabio médico donostiarra. Los justos y merecidos elogios con que en el Congreso fué acogido el primer trabajo del Dr. Delgado, se renovaron amplia y efusivamente al comentarse en la prensa madrileña la admirable conferencia que acabamos de mencionar.

Cuando, de la coronada villa regresó a Gijón el protomedicato, las sociedades y los particulares más distinguidos de la última industriosa localidad, le obsequiaron con un banquete en los Campos Elíseos para celebrar su triunfo entre los sabios del mundo que habían concurrido al Congreso español.

Y agrega la prestigiosa escritora Eva Canel:

«En Gijón se le rogó que diese otra Conferencia: la tesis fué sobre tuberculosis y no hay para qué decir cuál sería el éxito. Recuerdo un versito de Adellac que hizo reir mucho:

«Al Doctor Claudio Delgado
»Dieron banquete en Gijón.
»—¿Es delgado?—se dijeron—
»Pues lo haremos gordinflón.»

Mas no fué sólo la palabra la que consagró al servicio de la ciencia, lo fué también su pluma.

Así lo dice el Dr. Jorge Le-Roy y Cassá en la *Revista de Medicina y Cirugía de la Habana.*

Oigámosle:

«Su constante colaboración en los *Anales,* en la *Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana,* en la *Revista de Ciencias Médicas* y en otras varias publicaciones científicas, se distinguió siempre por la galanura de su estilo y por la más perfecta aplicación de la frase justa para expresar sus ideas. El profundo conocimiento que tenía de la bella lengua del Lacio, le sirvió para aplicar correctamente y usar con fluidez las palabras del hermoso idioma en que han escrito Cervantes, Granada, Jovellanos, Núñez de Arce y tantos otros; bien es verdad que él, pensando de manera muy distinta al de un errado filósofo que proscribió aquélla de nuestro Plan de Estudios vigente, se ejercitó en el *arte de entender* para conseguir el correlativo de *expresar con exactitud* sus pensamientos.»

Se ve, pues, que el ilustre doctor donostiarra no sólo consagró su actividad bienhechora a la cabecera de los enfermos, sino que en hospitales y clínicas se dedicó con prolijo afán a serios y fructuosos trabajos de investigación, extendiendo más tarde el copioso caudal de sus conocimientos por medio de la prensa y de la tribuna.

J. BENGOECHEA